

La interdisciplinariedad: desafío de los Estudios Culturales a la Bibliotecología

Marta Palacio

Universidad Nacional de Córdoba

Universidad Católica de Córdoba

Resumen

El ensayo plantea una revisión epistemológica de la Bibliotecología y las Ciencias de la Documentación, exigida por los cambios culturales y tecnológicos de la sociedad del conocimiento. Se plantea la necesidad del desarrollo interdisciplinario en el campo bibliotecológico y de su apertura a un diálogo más cercano con las demás ciencias sociales y humanas a fin de sacarla del aislamiento académico y reclusión en que se halla por un proceder profesional sesgadamente técnico.

Palabras clave: Estudios culturales - Bibliotecología- Epistemología- Interdisciplinariedad- Poder

Abstract

The paper presents an epistemological revision of Library and Information Science, demanded by the cultural and technological changes of the knowledge society. This raises the need for interdisciplinary development in the field of library and its opening for a closer dialogue with other social and human sciences in order to remove it from the academic isolation that is slanted by a technical professional approach.

Key Words: Cultural Studies - Library-Epistemology-Interdisciplinary-Power

Con este ensayo propongo reflexionar sobre la atmósfera cultural contemporánea y sobre los cambios que están aconteciendo en nuestra compleja sociedad a fin de analizar qué efectos tienen sobre la Bibliotecología, tanto en sus saberes como en sus prácticas sociales.

Más precisamente me circunscribiré a los llamados Estudios Culturales o Estudios sobre Prácticas Culturales e Intelectuales. Los Estudios Culturales o *Cultural Studies* surgen a fines de la década del '50 en Birmingham, Inglaterra, con el objetivo de analizar la vida cotidiana en las sociedades industriales valiéndose paulatinamente de un trabajo interdisciplinario que incluyó herramientas teóricas provistas por la Teoría Literaria, la Antropología Cultural, el Psicoanálisis, la Sociología, la Semiología, la Historia Social. El asumido desde los inicios fue influido por la Teoría Social Crítica de la Escuela de Frankfurt y luego abonada por el neo-marxismo de corte gramsciano y althusseriano. Desde entonces numerosas investigaciones surgidas en otros contextos geográficos han contribuido a pensar de otro modo los vínculos e interacciones simbólicas entre la cultura y la sociedad a partir de analizar las interacciones sociales cotidianas de las subculturas urbanas, movimientos contraculturales, recepción de los documentos audiovisuales y multimedia, la producción artística y los procesos comunicacionales de la industria cultural (Mattelart y Neveau, 2004).

En este fecundo espacio interdisciplinario y transdisciplinario veo abrirse un novedoso horizonte para la investigación bibliotecológica que, en cooperación con otros marcos y categorías epistémicas, pueda dar cuenta de las nuevas exigencias del saber de un mundo altamente tecnologizado, donde la información se produce industrialmente y a un ritmo aceleradísimo, y donde las viejas taxonomías, organizaciones y categorías de las ciencias están en un proceso continuo de desestabilización y ruptura. Esto produce, como efecto colateral, graves consecuencias sobre la actividad y la salud de los profesionales que trabajan directamente con la información, quienes están expuestos al estrés y el agobio psicológico frente a un objeto de trabajo e investigación que desborda permanentemente cualquier previsión y/o control.

Hoy en día los Estudios Culturales, en cuanto estudios posdisciplinarios que enfocan el rol de la cultura y los modos de representación de las relaciones sociales, se han extendido a lo largo del mundo y tienen una destacada importancia en las llamadas ciencias humanas, no sólo en el ámbito de los estudios literarios, donde quizás hicieron su primer pie, sino también en las investigaciones sobre comunicación masiva, representaciones socioculturales y flujos de poder. Por tal razón pueden englobarse con pleno derecho dentro los variados métodos de las ciencias humanas y/o sociales a las que están renovando de un modo insospechado -no sin reacciones de la ortodoxia disciplinar-, a las que confrontan por su carácter interdisciplinario, abierto y complejo, y cuyo horizonte final quizás desemboque, como presume Wallerstein, en la construcción de un puente y un lenguaje común entre las humanidades y las ciencias (Wallerstein, 2005: 30).

La definición de los Estudios Culturales no es exclusivamente académica sino que se vincula estrechamente con la posición y estatus del intelectual en relación con los nuevos movimientos sociales de fin de siglo. En esto sentido es saludable atender a la advertencia de intelectuales críticos, como Fredric Jameson, que observan recelosamente cómo líneas sociales conservadoras intentan polarizar académicamente e instrumentalizar programáticamente estos estudios para re-articular su poder a través de una "lógica cultural", propia del capitalismo tardío, que al enfatizar la dispersión y el fragmento logre el efecto de desviar ideológicamente la atención sobre los procesos de inequidad y desigualdad mundial y así debilitar la crítica cultural y la resistencia política frente a la globalización neoliberal (Jameson, 1998).

Si bien existe una controversia epistemológica y política en la academia acerca de sus reales alcances, estandarización y cierta retórica desplegada en su seno por la innovadora

combinatoria de sus métodos teóricos y empíricos (Reynoso, 2000), debo decir que también muchas de las críticas se originan en movimientos defensivos y de resistencia de grupos portadores de los saberes canonizados e instituidos disciplinarmente y que temen ser desplazados por aquellos o perder sus posiciones en el campo académico.

Las críticas más legítimas parecen ser aquellas que emanan del malestar interno de los propios Estudios Culturales. Me refiero a las que hacen principalmente foco en su independencia respecto a teorías y estudios importadas de ámbitos académicos foráneos, particularmente de los llamados *Cultural Studies* que se han expandido vigorosamente en los últimos años en las universidades anglo-americanas, cuyas investigaciones están teñidas de una creciente desvinculación con las condiciones histórico-económicas de los procesos culturales estudiados (Grüner, 1998: 27). Esta razón hace que algunos/as teóricos/as latinoamericanos/as prefieran denominarlos “estudios sobre prácticas intelectuales” (Mato, 2002).

García Canclini incluye bajo el término “malestar” de los estudios culturales a esta situación dialéctica de dependencia/independencia respecto a las teorías importadas del Norte (García Canclini, 1997). Empero reconoce que los recíprocos intercambios simbólicos y migratorios entre el Norte y el Sur, aunque desiguales, han contribuido tanto conocimiento de las respectivas sociedades como a la percepción de su inconmensurabilidad ideológica y a la constatación de las conflictividades local-nacional-global que atraviesan sus mutuas relaciones (García Canclini, 1995). En una línea hermenéutica análoga, Nelly Richard sostiene que el debate de los estudios culturales no debe quedar encajonado en la oposición Norte/Sur si se advierte que, desde sus inicios estuvo presente en la reflexión de sus teóricos o “padres fundadores”: Richard Hoggart, Raymond Williams, Edward Thompson y Stuart Hall, la resistencia crítica a la globalización y la reacción frente al borramiento de las coyunturas históricas (Richard, 1998: 188).

Estimo que, más allá de los límites y debilidades señaladas, no debemos soslayar la importancia de los estudios culturales en la actualidad dada su potencialidad para analizar procesos y productos culturales complejos en América Latina desde los múltiples accesos teóricos y metodológicos que ofrecen. Esto supone hacernos cargo, como punto de partida, de la complejidad creciente del cosmos social intentando responder a la polisémicas resonancias del término “cultura” según se considere el mundo de la vida cotidiana o *ethos* con sus representaciones y valores, la producción artística y literaria, ó las políticas institucionales y del mercado con sus redes de transmisión de los bienes simbólicos (Richard, 1998).

Desde esta perspectiva me animo a suscitar la tarea de replantear las bases teóricas de la Bibliotecológica a partir de interpelarla a un diálogo más cercano con las demás ciencias sociales. Resignificar sus saberes, sacándola del aislamiento académico en que se halla respecto a otras ciencias humanas y de la reclusión en que ha quedado encerrada por un proceder profesional sesgadoamente “técnico” que han logrado reducirla en una disciplina neutra y una práctica mecanicista orientada a la clasificación, conservación y distribución de la información.

La propuesta implica articular la bibliotecología y las ciencias de la documentación con procesos epistémicos y sociales más amplios de construcción de cultura y poder; lo cual nos conduce a replanteos éticos y políticos de sus prácticas profesionales y de sus puntos de vista teóricos desvaneciendo la pseudo-neutralidad a la que se halla sujeta y rompiendo la circularidad de su reproducción.

Admito que este intento está atravesado por incertidumbres teóricas vinculadas tanto a la desorganización y re-organización del mundo social, económico, y universitario del capitalismo tardío, sumado al desmoronamiento de los grandes paradigmas ideo-lógicos de la globalización neoliberal; caída paródicamente concomitante con el auge de fundamentalismos y movimientos de restauración en el despuntar de este nuevo siglo.

En primer lugar, quisiera anticipar una respuesta a cierta visión que comúnmente circula en la sociedad respecto a que el ámbito universitario es neutro en sí mismo y aséptico respecto a las tendencias socio-culturales dominantes. Sin embargo, sabemos que la producción institucionalizada del conocimiento, los temas y programas de investigación, están condicionados por las disputas de poder de las ciencias y las presiones de externas del mercado y la política (García Canclini, 2004: 86). Además los propios actores sociales ubicados en el campo científico despliegan estrategias y juegos de poder específicos para mantener su capital cultural, particularmente cuando éste se ve amenazado por un proceso de deslegitimación simbólica respecto a cuáles son las perspectivas adecuadas o los saberes ciertos, cuya posesión otorga prestigio y mantiene en sus posiciones de poder a los científicos involucrados. Esto explicaría en parte las resistencias a los cambios de enfoques y paradigmas en las disciplinas científicas, como señala Pierre Bourdieu (Bourdieu, 2003). Por último, consideremos que las instituciones tienden a reproducirse a través de sus estudios como claramente lo indicara Raymond Williams, uno de los pioneros de los *Cultural Studies*, (Williams, 2003).

Respecto a la transdisciplinariedad que proponen los estudios culturales, si bien es cierto que las ciencias surgen desde su nacimiento en el siglo XVI articuladas sobre ejes comunes: la formalización, la matematización, la objetividad, etc., no obstante con el tiempo la institucionalización de los saberes ha reforzado las barreras disciplinarias y la compartimentación disciplinar (Wallerstein, 2005: 28). ¿Qué elementos se pueden transdisciplinar hoy? En una sociedad del conocimiento, donde este es un bien útil que se produce industrialmente, una mercancía que se almacena y se distribuye a discreción, lo que puede ser y necesita ser “transdisciplinado” es la reflexión y el pensamiento crítico que reubica y reúne nuevamente al sujeto con su objeto, con su entorno socio-histórico, con la complejidad de lo real. La transdisciplinariedad se propone superar las formas operatorias científicas clásicas de la disyunción, reducción y simplificación a través de generar una intercomunicación de los saberes que los oponga y los integre al mismo tiempo (Morin, 1984: 314). Esto supone asumir que los principios organizadores del saber se han transformado y que se abandona la idea de progreso acumulativo y lineal. La conclusión Thomas Kuhn acerca de que la ciencia no sólo se incrementa sino que se transforma -planteada en su revolucionaria obra *La estructura de las Revoluciones Científicas* a partir del análisis de la ciencia recogiendo el cambio social y la historia de las mentalidades- establece un cuasi-axioma acerca del saber científico que es hoy un punto ineludible en todo estudio epistemológico (Kuhn, 1988).

Pienso que la apuesta académica más jugosa de la propuesta de los Estudios Culturales es reinsertar los saberes sobre su base material e histórica de producción, recuperando además las incertidumbres, ambigüedades y aporías constituyentes de la realidad social y física. Y para abordar esta complejidad necesita indefectiblemente la interdisciplinariedad e incluso la posdisciplinariedad, sendas por la que se están aventurando actualmente estudiosos/as e investigadores/as no sin ciertos resquemores.

¿Hay un único modo de comprender la bibliotecología? ¿Se halla sola, aislada en sus propios límites disciplinarios, resguardada en una identidad inamovible que fue producida por una coyuntura histórica, sin nexo con otras disciplinas? Hacer estas preguntas nos conduce a repensar la currícula de una carrera de Bibliotecología y Documentación y también a repensar la institucionalización universitaria de sus saberes en las facultades. Si bien en la organización universitaria la bibliotecología se halla generalmente dentro de las facultades de información y/o comunicación, en nuestra universidad -me refiero a la Universidad Nacional de Córdoba- está inserta dentro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Esto puede convertirse en un enorme potencial de crecimiento para la bibliotecología que, al salir a los cruces interdisciplinarios con la lingüística, la historia, la crítica filosófica, el arte, la archivología, puede insertarse en

procesos de investigación que asuman la complejidad de lo social, participar en la construcción de un saber dinámico que da cuenta de la versatilidad de los objetos, diseñar la organización de la información a partir de nuevas taxonomías y clasificaciones, más abiertas y flexibles, en sintonía con las aceleradas transformaciones tecnológicas que ya no permiten ni toleran el inmovilismo epistémico. Estamos en los umbrales de un replanteo epistemológico de la disciplina para establecer criterios de validación a partir de un diálogo, conflictivo y consensuado eso sí, partiendo de la premisa del cambio cultural insoslayable. La producción y circulación industrial de la cultura masiva y la tecnificación de los procesos comunicacionales han alterado irremisiblemente las disciplinas que trabajan directamente con documentos y fuentes. Un dato: éstos antes eran producidos por élites culturales y ahora lo son por un proceso industrial masivo. El mercado es el productor de la información y de la cultura. La lógica del mercado se impone primero a los medios y luego a los otros campos culturales, entre los cuales, se halla la universidad y sus disciplinas (Gar-cía Canclini, 2004: 95).

Un ejemplo de este salir al cruce de disciplina lo constituye el *Equipo interdisciplinario de Investigación* que dirijo junto con Rosa Bestani, con 5 miembros investigadoras (cinco de ellas bibliotecarias) que surgió luego de un *Seminario de Estudios Culturales y Análisis del Discurso* que dicté en el primer semestre académico del 2007 en la carrera de la Licenciatura en Bibliotecología y Documentación. Como equipo interdisciplinario presentamos un Proyecto B (para equipos de reciente formación), titulado “*Las representaciones de género sobre la mujer en publicaciones periódicas de la Ciudad de Córdoba de los períodos: 1973-1976 y 1976-1983*”, que fue aprobado por SECYT (Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba) recibiendo aval y subsidio, siendo altamente valorado por la Comisión Evaluadora de dicho organismo.

¿Por qué nos decidimos a recuperar las publicaciones periódicas cordobesas de este período para investigar las representaciones de género desde la crítica feminista? Porque luego de sumergirnos en la propuesta teórica de los Estudios Culturales se nos abrió un horizonte para repensar una práctica de investigación interdisciplinaria donde pudiéramos recuperar los textos de la vida cotidiana de esos particulares años (73/76: activismo político y 76/83: dictadura militar) y así analizar documentos de la historia efectiva de Córdoba, a partir de rastrear y organizar las fuentes de la historia reciente –en nuestro caso las publicaciones periódicas cordobesas de ese período– sobre las que no hay ninguna referencia bibliográfica ni catálogos por lo convulsivo del período histórico pero también por la insuficiencia de trabajos y prácticas intelectuales de recuperación de la producción local. A este trabajo de ubicación y sistematización de fuentes, propio de la bibliotecología, lo conectamos a un cauce de mayor posibilidad teórica para aportar a un área incompleta e insuficiente de la historia efectiva de la vida cotidiana de Córdoba. Recuperar las publicaciones masivas y analizar las representaciones de género nos exige mirar el “el discurso en tanto que acontecimiento” (Foucault, 2004: 14). Las publicaciones periódicas tienen la virtud de captar el dinamismo y versatilidad del acontecimiento, no tanto los libros, que queda reflejado en sus múltiples aspectos, emergiendo en su focalización el trasfondo socio-político con mayor nitidez. A estos documentos, de efímera vida por su carácter de información masiva: diarios, revistas y folletos, los sometemos a un interrogatorio: ¿Cómo se formaron en ellos los discursos sobre la mujer? ¿Bajo qué juegos de poder: permitido/prohibido se formaron? ¿Cuáles fueron sus condiciones materiales de su aparición? ¿A qué norma de exclusión social respondieron? Y hacernos estas preguntas supuso colocarnos dentro de los Estudios Culturales cada una desde nuestros saberes y disciplina pero en un intento de articulación dialógica para trabajar nuestro objeto. Desde el estudio de estas publicaciones la investigación de los discursos se proyecta el estudio de la sociedad como contexto general que controla la palabra a decir y la a silenciar. Se visibiliza entonces la

sociedad como dispositivo de control de la palabra impresa: palabra controlada, seleccionada y distribuida mediante reglas de exclusión y eficacia.

El reto que nos lanzan los Estudios Culturales, particularmente a la bibliotecología y a otras disciplinas encargadas de la documentación, producen vacilaciones teóricas originadas por ciertas concepciones dominantes sobre estas últimas. Es sabido que por décadas el objeto epistemológico de la bibliotecología ha sido concebido en un estrecho corsé categorial técnico - derivado de un funcionalismo positivista de base- que incluía esta disciplina de un modo dialéctico en el ámbito de las ciencias humanas y sociales -de ahí su ubicación dentro de facultades de ciencias humanas y/o sociales- pero que, al mismo tiempo, aspiraba homologar su saber con la exactitud, regularidad y verificabilidad de las ciencias empírico-analíticas (físicas).

La bibliotecología no ha logrado desprenderse aún del todo de su herencia positivista y de su concomitante visión mecanicista-funcionalista que impregnó a varias profesiones sociales, aunque ya se advierten promisorios cambios en las posiciones intelectuales de su campo. Sin embargo, muchos de sus profesionales continúan formados por una currícula, que aunque renovada en algunas asignaturas que ya no pueden obviarse -como informática, comunicación masiva, sociosemiótica- giran sobre el eje de una perspectiva y una mentalidad rígida, excesivamente focalizada en la labor técnica, que refuerza en los alumnos y egresados los estereotipos sociales del bibliotecario como el “guardador de libros” y que promueve en el colectivo profesional procesos de construcción de sus identidades profesionales sesgadamente mecanicistas, aislados de otros procesos intelectuales. Esto se palpa entre propios actores quienes se perciben en subalternación respecto a las demás disciplinas de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

En este complejo universo social y académico pretendemos cuestionar las bases teóricas de la bibliotecología y al mismo tiempo focalizar los modos de construcción del poder de las prácticas intelectuales generadas por las bibliotecas en cuanto instituciones sociales y sus agentes, abriendo un espacio de reflexión crítica sobre su inscripción en el conflictivo espacio social a partir de visibilizar sus procesos y productos culturales. El “conocimiento es poder”, había advertido sagazmente el filósofo inglés Francis Bacon en el siglo XVII... y aún hoy lo sigue siendo. Los profesionales que administran el saber, lo almacenan, clasifican y, principalmente, lo distribuyen, tienen en sus manos los mecanismos de un poder que, si se ignora su potencia o se desconoce su impacto estructural (debido a una excesiva especialización técnica que no advierte su íntima vinculación con los procesos sociales), será un poder absorbido por otros “grupos de poder”, quienes imponen las legitimaciones y en última instancia administran la distribución y el uso de la información según sus lógicas de beneficio. Coincido con Beatriz Sarlo en el diagnóstico que realiza de nuestra época intelectual calificándola como el tiempo de los “expertos” (Sarlo, 1994) aunque, a pesar de ello, caben responsabilidades en cuantos intelectuales: saber nombrar las diferencias culturales que nos integran, analizar quién habla y cómo habla en los textos y documentos de la cultura globalizada, en fin, mantener, “resistiendo”, un ámbito de libertad cultural donde aún pueda ejercerse el pensamiento crítico frente al adormecimiento del placer/poder, de la saturación de información y conocimientos.

Las prácticas intelectuales de la bibliotecología se hallan provocadas por los juegos ideológicos y éticos de las personas y de las instituciones sociales (Bibliotecas, centros de documentación, archivos) encargadas de abrir y cerrar el conocimiento. Estas prácticas son clave para la construcción de referencias bibliográficas, imprescindibles para el estudio de temas y nuevas investigaciones. Al decidir la compra del material para un centro de documentación, al analizar, juzgar y referenciar fuentes, establecen las condiciones materiales para la producción de conocimientos. Esto nos está hablando de un papel político de los bibliotecarios/as. Habla

sobre el poder ideológico de los bibliotecarios/as que se pone en juego desde la influencia de las editoriales en la selección, compra y organización del material, en la dependencia respecto a pautas del mercado, en la aplicación de los reglamentos políticos de los gobiernos de turno referidos a bibliotecas públicas –pensemos en la censura de libros y revistas que hemos conocido en otras etapas oscuras de nuestra historia nacional- y que exhibe su violencia recóndita en la destrucción de los libros o biblioclastía que cíclicamente ocurre.

Pienso que hay una responsabilidad ética y política de los bibliotecarios/as como agentes culturales donde el saber técnico, “pericia” en términos aristotélicos, implica hoy un saber hacer y producir en un mundo complejo, modificado; mundo del que ya no podemos partir ni exiliarnos, donde cada vez más nuestras acciones requieren de un soporte técnico: el “tecnocosmos” como lo denominan algunos filósofos. Este mundo artificial en el que construimos nuestras subjetividades y vivimos nuestras vidas, donde el artefacto se convierte en hábitat, desalojando a la mítica “naturaleza”, nos reclaman un replanteo ético frente a las actuales condiciones de la vida en sí y también del futuro remoto para las próximas generaciones (Jonás, 1995).

Las prácticas intelectuales constituyen un espacio ético de decisiones sociales ya que la tecnología es una práctica social: que obliga a dirigir la mirada hacia la gestión social de las prácticas técnicas, puesto que en ellas se dan relaciones de poder, modificación de roles y relaciones sociales, expectativas, reparto de beneficios y costos.

Hay una implicancia política de las prácticas de los/las bibliotecólogos/as: responsabilidad democrática y ciudadana ante el futuro. La destrucción de libros o la decisión de conservar algunos y otros no, el digitalizar publicaciones, elaborar colecciones e interconectarlas digitalmente con el capital bibliográfico de otras latitudes, señalan que las decisiones tecnológica son intrínsecamente sociales (Santander Gama, 2004).

Este desafío de los Estudios Culturales a las prácticas intelectuales de los actores del campo bibliotecológico requiere para su concreción de la cooperación de otros productores y responsables del conocimiento (científicos e investigadores, docentes, políticos, analistas de sistemas, etc.). Esto implica un modo gestión compartida y participativa de los actores sociales involucrados en el manejo de la información y el conocimiento, ya que las decisiones al respecto nos afectarán a todos los seres humanos y también a los por nacer. Particularmente a las acciones de automatización de la información les compete esta responsabilidad de cara al futuro ¿Qué ética profesional puede normar las prácticas sociales e intelectuales de los/las bibliotecólogos/as? En primer lugar, esta ética profesional se debe constituir en torno a un diálogo crítico y abierto de los profesionales acerca de sus prácticas. Esto implica un desarrollo y un juego de competencias intelectuales, prácticas, sociales y éticas al momento de tomar la palabra y de la acción.

La Bibliotecología entendida como fenómeno social vinculado a la utilización de la información en interés de la sociedad: responsabilidad ético-política que constituye al profesional en un “intelectual” o “agente cultural” que incide en los discursos, a partir de su incidencia central en las investigaciones, y en las prácticas sociales de aquellos con quienes interactúa en la vida pública.

Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre (2003), *El oficio del científica*. Barcelona: Anagrama.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- _____ (1997), “El malestar en los estudios culturales”. *Fractal* 6: 45-60.
- _____ (2004), *Diferentes, desiguales y desconectados*. Barcelona: Gedisa.
- GRÜNER, Eduardo (1998), “El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Zizek”, en: JAMESON, Fredric, ZIZEK, Slavoj, *Estudios Culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires: Paidós.
- JAMESON, Fredric (1998), “Sobre los estudios culturales”, en: JAMESON, Fredric; ZIZEK, Slavoj, *Estudios Culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- JONÁS, Hans (1995), *El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Barcelona: Herder.
- KUHN, Thomas (1988), *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MATTELART, Armand; NEVEAU, Erik (2004), *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.
- MATO, Daniel (coord.), (2002), *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: CLACSO.
- MORIN, Edgar (1984), *Ciencia con consciencia*. Barcelona: Anthropos.
- REYNOSO, Carlos (2000), *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Buenos Aires: Gedisa.
- RICHARD, Nelly (1998), “Globalización académica, Estudios Culturales y Crítica Latinoamericana”. *Residuos y metáforas*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- SANTANDER GAMA, Ma. Teresa (2004), “Cegueras tecnológicas: el sentido de transitar desde la actividad a la práctica de la tecnología”. *Revista Erasmus* 1: 33-42.
- SARLO, Beatriz (1994), *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- TOURAINÉ, Alain (2006), *Un nuevo paradigma*. Buenos Aires: Paidós.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2005), *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.
- WILLIAMS, Raymond (2003), *Palabras claves*. Buenos Aires: Nueva Visión.